

“HACED LO QUE ÉL OS DIGA.”

(María de Nazaret, Jn 2, 5)

Objetivo.

- 1.- ¿Qué sentido tiene celebrar un año mariano?
- 2.- María, modelo de Iglesia, modelo de creyente.
- 3.- “Hágase en mí según tu Palabra.” (Lc 1, 38)
- 4.- “Haced lo que Él os diga.” (Jn 2, 5)
- 5.- “Guardaba todos estos recuerdos y los meditaba en su corazón.” (Lc 2, 19)
- 6.- “Después dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre.” (Jn 19, 27)

OBJETIVO

Después de dedicar todo el año 2011 a celebrar al Señor, como tienen que ser todos los años, la asamblea de consagrados MAC (noviembre de 2009) decidió que el 2012 fuese año mariano. Por lo tanto, este es el año de la Madre Jesús y Madre nuestra.

Este año es como una especie de “resaca” de todo lo vivido el anterior.

Quien mejor que con María para vivir un año, después de un año cristocéntrico. Ella nos trae a Cristo (la imagen de María Auxiliadora vale más que mil explicaciones) y nos lleva a Cristo. En definitiva, María señala a Cristo. De ahí el LeMac 2012: *“Haced lo que Él os diga.”* (Jn 2, 5) Esto es lo primero que ella nos enseña: mira a mi Hijo, tu Hermano. Escúchalo, hazle caso, síguelo.

“Poned, pues, en práctica la palabra y no os contentéis con oírla, enganándoos a vosotros mismos.” (Sant 1, 22)

Esta es la auténtica devoción mariana. La verdadera devoción a la Virgen María nos acerca siempre a Jesús, y “no consiste ni en un estéril y transitorio sentimentalismo, ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe verdadera, que nos lleva a reconocer la excelencia de la Madre de Dios y nos inclina a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes” (Lumen gentium, 67). Amarla es comprometerse a escuchar a su Hijo, es vivir según las palabras del fruto bendito de su vientre. Así, mediante la fe, la esperanza y la caridad, superar todo mal e instaurar una sociedad más justa y solidaria.

¿Qué objetivo nos proponemos para este año?

Que la Palabra se haga carne. Que la verdad del Evangelio se haga realidad en mí y así pueda convertirme en buena noticia para todos aquellos que me rodean. Esto sólo es posible mediante la caridad. Y ésta se da si Dios habita en nosotros. Para ello la meditación de la Palabra de Dios se hace imprescindible.

Fijémonos en María. Ella lo hizo realidad con la ayuda de Dios. Nuestra Madre nos invita a ello: *“Haced lo que Él os diga.”* O lo que es lo mismo: Vivid el Evangelio.

Encariñémonos con la Palabra. Que nuestro amor hacia ella sea el mejor antídoto contra el malacostumbrarnos a escuchar la Palabra. Es todo un milagro que podamos escuchar lo que Dios nos quiere decir.

Este lema y este objetivo enlaza perfectamente con la tercera prioridad de la Diócesis de Málaga para este curso 2011-2012: “Fomentar la escucha y acogida de la Palabra de Dios en las comunidades cristianas”. (cfr. Prioridades pastorales curso 2011-2012. Diócesis de Málaga; pág: 13)

Dios quiera que este tema nos ayude a imitar a nuestra Madre, a ser buenos hijos de la Madre, siendo madre del Hijo. El tema es un viaje a nuestro corazón, lo más complejo que existe (cfr. Jr 17, 9), pero donde nos jugamos el encuentro con el Señor (cfr. Lc 17, 21).

1.- ¿QUÉ SENTIDO TIENE CELEBRAR UN AÑO MARIANO?

Todos tenemos claro el motivo de celebrar un año Cristocéntrico. Jesús es Dios y hombre verdadero. Por lo tanto no hay mayor explicación. Todo debe girar en torno a Dios. Hasta ahí todo bien, pero ¿y con María? Ella no es Dios, es tan humana como nosotros. ¿Qué sentido puede tener celebrar un año dedicado a ella? ¿No nos estaremos pasando? O peor aún, ¿no nos estaremos desviando y confundiendo, cayendo en una piedad sentimentalista y sin fundamento? Además, ¿no estaremos dándole la espalda a la realidad, celebrando una cosa así, cuando en el país hay 5 millones de parados, una crisis económica como nunca antes habíamos visto, con una corrupción tan generalizada y que toca a casi todos los estamentos e instituciones?

Y ahí no queda todo. También debemos plantearnos algo que gusta mucho en la forma de pensar en la actualidad: ¿De qué me puede servir a mí celebrar un año dedicado a María?

Así que vayamos directo al grano: *“Desde ahora me felicitarán todas las generaciones.” (Lc 1, 48)*

Estas palabras de la madre de Jesús que Lucas nos ha transmitido, son a la vez profecía y misión para la Iglesia de todos los tiempos. Así, esta frase del Magníficat, de la oración de alabanza llena del Espíritu de María al Dios vivo, es uno de los fundamentos esenciales de la veneración cristiana de María. La Iglesia no inventó nada realmente nuevo cuando comenzó a ensalzar a María. Hace lo que debe hacer y lo que le fue encargado desde el principio.

Cuando Lucas puso por escrito este texto (1, 8), vivía ya la segunda generación cristiana, y a la ‘generación’ de los judíos se había añadido la de los paganos. La expresión ‘todas las generaciones’ comenzó a cumplirse en la realidad de la historia.

Nosotros participamos de este acontecimiento. De entrada, el celebrar el año mariano nos está ayudando a que la Palabra se haga carne, realidad. Se cumple Lc 1, 48. Recordad que este es nuestro principal objetivo: *“Haced lo que Él os diga”, “la Palabra se hizo carne”,...* Por algún sitio había que empezar a poner en práctica la Palabra. El año mariano quiere ayudarnos a dar el paso hacia ese objetivo.

Nosotros, como Iglesia que somos, tomamos el testigo, y entramos en ese ‘todas las generaciones’ de todos los lugares y de todos los tiempos. Comienza a cumplirse en nosotros la Palabra de Dios. ¡Eso es lo que queremos! No solo la mujer desconocida, sino también

nosotros podemos piroppear a María: *“Dichoso el seno que te llevó.”* (Lc 11, 27) Esto es lo que queremos: que la Palabra no me entre por un oído y me salga por otro, sino que se encarne en mi vida, tome cuerpo en mí y de ahí irradie a los que me rodean. Que Dios sea realidad en mi vida para que pueda darlo al mundo.

Nosotros queremos dar lo mejor que tenemos al mundo: Jesucristo. Igual que hizo María. Recordemos el LeMac de 2010: *“Quien no da a Dios da demasiado poco.”*

El año mariano es una enorme oportunidad que nos regala el Señor para poder hacer lo que Él nos dice, con todas las consecuencias personales y sociales que conlleva eso. Esto es lo que nos va a mostrar este tema.

Esta es nuestra aportación cristiana, como Mac, como Iglesia, a toda la sociedad, a nuestras familias, a nuestros centros y comunidades.

*“La Iglesia descuida algo de lo que le fue encomendado cuando no alaba a María. Se aleja de la palabra bíblica cuando en ella enmudece la veneración a María. Entonces ya no glorifica a Dios de manera satisfactoria. Pues a Dios lo conocemos, por una parte, a través de la creación: **“Lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad...”*** (Rm 1, 20) Pero conocemos a Dios, por otra parte, y más de cerca, a través de la Historia que él ha ido haciendo con los hombres. Lo mismo que la esencia de un ser humano se manifiesta en la historia de su vida y en las relaciones que establece, así Dios se hace visible en una historia, en hombres a través de los cuales se vislumbra su propia esencia, hasta el punto de que puede ser ‘denominado’ a través de ellos, puede ser reconocido en ellos: el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Mediante su relación con unos hombres, mediante los rostros de unos hombres, se ha explicado y ha mostrado su rostro. Dejando a un lado esos rostros, no podemos pretender tenerlo sólo a él mismo, en su figura pura, por decirlo así: eso sería un Dios inventado, en lugar del real. Ese versículo del Magnificat (1, 48) nos indica que María es uno de los seres humanos que de manera totalmente especial quedan incluidos en el nombre de Dios, hasta el punto de que no podemos alabar correctamente si lo pasamos por alto. Al hacer tal cosa, olvidamos algo de Dios que no se debe olvidar.” (Joseph Ratzinger)

“Conocemos a Dios... y más de cerca, a través de la Historia que él ha ido haciendo con los hombres.” Esto es lo que queremos aprender a través de María para trasladarlo al resto de mis hermanos.

De esto último se pueden sacar varias conclusiones para nuestra vida. Una de ellas es de recuperar un LeMac de hace años pero que viene muy bien ahora: *“Vivamos en positivo. Mira lo bueno del hermano”*.

Si queremos relacionarnos con el Dios verdadero y no con el que yo me he hecho y tengo en mi cabeza, dejemos que la Palabra nos corrija. Igual que estamos haciendo con María, hagamos con nuestros hermanos, es decir, miremos a la creación, miremos lo más importante de la creación, el ser humano. Miremos a nuestros hermanos y veamos lo que Dios va haciendo en ellos. A esto nos invita María, su profecía. A esto nos invita constantemente la Palabra. Veamos lo bueno del otro no sólo lo malo, que normalmente es lo que solemos hacer.

«Fijémonos los unos en los otros para estímulo de la caridad y las buenas obras» (Hb 10, 24)

“Considerad a los demás superiores a vosotros mismos.” (Flp. 2, 3)

“Juzgando a otros tú mismo te condenas, ya que haces lo mismo que condenas.” (Rom 2, 1)

Cambiamos el rumbo. Que mirando y felicitando a María nos acordemos de los demás de manera positiva y también los valoremos, felicitemos y piropeemos.

“Animaos mutuamente mientras dura este hoy.” (Hb 3, 13)

Recordemos lo que nos dice Jesús: *“No juzguéis, y Dios no os juzgará; no condenéis, y Dios no os condenará; perdonad, y Dios os perdonará. Dad, y Dios os dará. Os verterán una buena medida, apretada, rellena, rebosante; porque con la medida con que midáis, Dios os medirá a vosotros.”* (Lc 6, 37-38)

Lo que está mal está mal y punto. Hay que corregirlo, ayudar a enderezarlo. Pero no sabemos nada de la intención. Eso sólo lo conoce Jesús. Por lo tanto, no juzguemos, no critiquemos puesto que no sé la intención.

Seamos generosos con los demás, que el Señor lo es con creces con nosotros.

Nuestra medida es la del amor, la misma que la de Dios. Y la medida del amor es amar sin medida. Empecemos con los más cercanos: nuestra familia, nuestra comunidad, nuestro centro, nuestro movimiento, nuestra parroquia, nuestra iglesia, ...

Vivamos la Palabra, haced lo que Jesús nos dice. Este es el estribillo de este año.

PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA:

María, auxilio de los cristianos, ayúdame con tu ejemplo, a abrir mis ojos y ved lo bueno que hay en la gente con la que me veo a diario, en mi familia, en mis hermanos del movimiento, etc, ...

Estamos hecho a imagen y semejanza de Dios (cfr. Gn 1, 27). Por lo tanto, hay algo de Su Belleza en cada persona, en cada uno de nosotros.

La devoción hacia ti Madre me lleva a ver qué hay de Dios en cada persona. “Para ser capaces de ver esta belleza necesitamos unos ojos y un corazón puros. Cuando somos desagradables, orgullosos o duros, preguntémonos a nosotros mismos: ¿Por qué estoy siendo duro? No soy puro de corazón. Algo *me* está separando de Jesús.” (Bta. Teresa de Calcuta; la cursiva no es de ella)

¿Quiero colaborar con el Señor en purificar mi corazón? Si respondo afirmativamente el Evangelio me pide que mire mi lengua.

La lengua está íntimamente conectada al corazón. Me lo dice el Evangelio:

“No hay árbol bueno que dé fruto malo, ni árbol malo que dé fruto bueno. Cada árbol se conoce por sus frutos. Porque de los espinos no se recogen higos, ni de las zarzas se vendimian racimos. El hombre bueno saca el bien del buen tesoro de su corazón, y el malo de su mal corazón saca lo malo. Porque de la abundancia del corazón habla la boca.” (Lc 6, 43-45)

Es a través de la lengua que Jesús llega a nuestros corazones.

“Si de *mi* boca salen palabras amargas o de enfado, entonces *mi* corazón no está lleno de Jesús.” (Bta. Teresa de Calcuta; la cursiva no es de ella)

Los mayores pecados están en la lengua. También están las cosas más bonitas como la Palabra de Dios.

La primera arma (la más cruel) es la lengua.

“La crítica, ‘el cáncer del corazón’ no es un simple error, una debilidad humana, es algo que afecta de verdad al corazón” (Bta. Teresa de Calcuta), a tu relación con Dios.

María Auxiliadora, enséñame el disfrute que es el vivir la fraternidad. ¿Qué regalo hay mejor para una madre que ver como se quieren sus hijos? Que este sea nuestro regalo, nuestra felicitación a María.

Si Dios me eligió a mí, eligió a mi hermano de comunidad. Si Él me ama, también ama a mi esposo/a. Si confía en mí, confía en el responsable que pasa todas las tardes conmigo en el salón. Si el Señor me perdona “setenta veces siete”, las mismas veces te perdona a ti.

“Por último, hermanos, tomad en consideración todo lo que hay de verdadero, de noble, de justo, de limpio, de amable, de laudable, de virtuoso y de encomiable.” (Flp 4, 8)

Que hable de eso, que piense en eso,...

2.-MARÍA MODELO DE IGLESIA, MODELO DE CREYENTE.

María, “primera entre los discípulos” (Juan Pablo II; Mensaje Jornada mundial de la juventud 2000) es nuestro referente para ser Iglesia y creyente.

Ahora bien, para que María sea realmente referente en nuestra vida, ¿cómo podríamos definir su vida? ¿Cuál fue el motor de su existencia? ¿Qué fue lo más determinante para ella, que la caracterizó, para que así nosotros podamos realizarlo en nuestra vida?

¿Cómo podríamos definir a la Virgen María? Su Hijo lo hizo de manera estupenda y supone para nosotros un chorro de luz. Todos conocemos el relato de la mujer anónima que le hecha un piropo a la madre de Jesús (cfr. Lc 11, 27-28). El piropo hacía referencia a la maternidad biológica de María. Jesús corrige a la mujer y cambia el piropo por este otro:

“Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica.” (Lc 11, 28)

Esta es la definición de María, su esencia, su núcleo íntimo, su secreto: escuchar la Palabra de Dios y realizarla en su vida. Es decir, hacer la voluntad de Dios. Esta es una lección de primer orden para todos nosotros.

La Iglesia debe aprender nuevamente de María su condición de Iglesia. El misterio de María significa que la Palabra de Dios no quedó sola, sino que asumió en sí lo otro (la tierra), se hizo hombre en la ‘tierra’ de la madre.

Esto debe ser la Iglesia, esto es lo que tenemos que hacer nosotros: Ser tierra para la Palabra. María se pone completamente a disposición como tierra, se deja usar y desgastar para poder ser transformada en aquel que nos necesita para poder llegar a ser fruto de la tierra.

“María es madre y modelo de la Iglesia, que acoge en la fe la Palabra divina y se ofrece a Dios como «tierra fecunda» en la que él puede seguir cumpliendo su misterio de salvación. También la Iglesia participa en el misterio de la maternidad divina mediante la predicación, que esparce por el mundo la semilla del Evangelio, y mediante los sacramentos, que comunican a los hombres la gracia y la vida divina.” (Benedicto XVI; 01-01-2012)

En ella contemplamos lo que la Iglesia está llamada a ser. Con su “sí” ha dado al mundo a Jesús. También nosotros estamos llamados a dar al Señor a la humanidad, no olvidando ser siempre sus discípulos.

“María es bendita porque en su seno llevó al Salvador, pero sobre todo porque acogió el anuncio de Dios, porque fue una guardiana atenta y amorosa de su Palabra.” (Benedicto XVI; 09-11-2011)

¡Como la Virgen María, convirtámonos también nosotros en “seno” disponible para ofrecer a Jesús a la gente de nuestro tiempo!

“La Iglesia no es un producto hecho, sino una semilla viva de Dios, que ha de crecer y madurar. Por eso la Iglesia necesita el misterio mariano, por eso es ella misma misterio mariano. La fecundidad sólo se puede dar en ella cuando se pone bajo este signo, cuando se convierte en tierra santa para la Palabra. Debemos asumir el símbolo del terreno fructífero, debemos convertirnos de nuevo en hombres que esperan, recogidos hacia dentro, que en la profundidad de la oración, el deseo ardiente y la fe, dan lugar al crecimiento.” (Joseph Ratzinger)

Sólo el Señor da el crecimiento (cfr. 1 Cor 3, 6). De ahí la necesidad de que crezca cada día más nuestra conciencia de total dependencia de Dios.

Mirando a nuestra Madre aprendemos que la Iglesia es persona. Más concretamente es:

Hija del Padre,
Madre del Hijo,
Esposa del Espíritu Santo.

Este es nuestro modelo de Iglesia. Así es la Iglesia. Hacia eso debemos tender. Tres realidades que debemos asumir nosotros, que somos la Iglesia, que somos creyentes.

¿Para qué me sirve a mí todo esto? Para saber hacia dónde caminar. María nos lo está indicando. Y esto tiene unas consecuencias personales y comunitarias. Conclusión: caminamos hacia una vida personal (y esto mismo se dice a nivel eclesial) más sencilla, humilde, centrada en lo esencial, y por tanto, menos institucional y burocrática.

Vivamos nuestro ser cristiano como hijos del Padre, “¡pues lo somos!” (1 Jn 3, 1)
Vivamos como madres del Hijo, por la fe y el anuncio de la Palabra.
Vivamos como novias del Espíritu Santo, el Espíritu del Amor, la clave de todo.

En nuestro caminar tras Cristo, nos precede y nos guía la Virgen María. En ella encontramos, la verdadera esencia de la Iglesia y así, a través de ella, aprendemos a conocer y amar el misterio de la Iglesia que vive en la historia.

PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA

“A través de ella (la Iglesia) permanece siendo actual el misterio de la encarnación: Cristo camina aún a través de los tiempos.

La Iglesia es la presencia de Cristo: nuestra contemporaneidad con Él y su contemporaneidad con nosotros. De esto vive ella: del hecho de que Cristo esté presente en los corazones; a partir de aquí, Él forma a su Iglesia.

Por esta razón, la primera palabra de la Iglesia es Cristo y no ella misma; la Iglesia se conserva sana en la misma medida en que concentra en Él su atención.

La Iglesia crece desde dentro hacia fuera, y no al contrario. Ella significa, ante todo, la más íntima comunión con Cristo; se forma en la vida de oración, en la vida sacramental, en las actitudes fundamentales que brotan de la fe, de la esperanza y del amor. Así, si alguien pregunta: ¿qué debo hacer para hacerme Iglesia y crecer como Iglesia?, la respuesta sólo puede ser una: lo primero que debes hacer es tratar de ser alguien que vive la fe, la esperanza y la caridad. Lo que construye a la Iglesia es la oración y la comunión en los sacramentos, en los cuales nos sale al encuentro la oración misma de la Iglesia.

La Iglesia crece desde dentro: es esto lo que quiere darnos a entender la expresión ‘Cuerpo de Cristo’; pero aquí se halla inmediatamente implicado también este otro elemento: Cristo se ha dado sí mismo un Cuerpo; si quiero encontrarlo y hacerlo mío, estoy llamado a formar parte de él como miembro humilde y, sin embargo, de manera completa, pues yo soy realmente miembro suyo, órgano suyo en este mundo y, por consiguiente, para toda la eternidad.

La Iglesia no es una idea, sino un Cuerpo, y el escándalo del hacerse carne en que tropezaron tantos contemporáneos de Jesús se prolonga en el escándalo de la Iglesia; pero también a este propósito resultan válidas las palabras: Bienaventurado el que no se escandaliza de mí.

Nosotros somos la Iglesia: esto incrementa el sentido de corresponsabilidad, pero también la posibilidad de colaborar en primera persona; de aquí se desprende, en consecuencia, el derecho a la crítica, la cual, sin embargo, debe ser siempre y ante todo autocrítica. Porque la Iglesia, insistamos en ello, no es algo extraño, no es una realidad ajena: nosotros mismos la construimos.”

(Iglesia, ecumenismo y política; Joseph Ratziger; pág: 6-9)

3.- “HÁGASE EN MÍ SEGÚN TU PALABRA.” (Lc 1, 38)

Como hemos visto, la esencia de María es que vivió para hacer la voluntad de Dios. El ‘fiat’ (hágase) se convierte en el centro animador de toda su existencia.

Mirando a Cristo y a María podemos concluir que la vida del cristiano es un esfuerzo continuo para llegar a decir con Jesús: “*No se haga mi voluntad sino la tuya.*”

Todo en mi vida debe tender hacia esto. ¿Es esto así en estos momentos? Si no lo es, ¿qué puedo hacer para que si lo sea?

“*Hágase en mí según tu Palabra*”. ¿Qué es lo que pide hacer la Palabra?

“*Hágase tu voluntad.*” ¿Cuál es la voluntad de Dios? ¿Qué quiere Dios exactamente de nosotros?

La voluntad de Dios se revela plenamente en la persona de Jesús. Quien quiere vivir según la voluntad de Dios, debe seguir a Jesús, escucharle, acoger sus palabras, y con la ayuda del Espíritu Santo, profundizarlas.

De ahí que María nos señale a Cristo: “*Haced lo que Él os diga.*”

Si la voluntad de Dios se muestra plenamente en Jesús, ¿quién es realmente Cristo?

En pocas palabras: Amor hasta el extremo (cfr. Jn 13, 1), hasta la cruz. Él es el amor más grande, el que da la vida por los amigos. (cfr. Jn 15, 13). Él es el amor incondicional (ágape).

Y ¿Qué nos dice o pide Él?: *“Mi mandamiento es este: que os améis los unos a los como yo os he amado.” (Jn 15, 12)*

Lo que Dios quiere es que nosotros amemos como ama Él, que lo imitemos, que seamos imagen y semejanza suya. Porque, como dice San Juan, Él es Amor, y quiere que nosotros escogiendo libremente amar seamos como Él, y le pertenezcamos, para que así resplandezca su Amor.

Esta es la voluntad de Dios:

Que nos preocupemos unos de otros,
Que nos perdonemos,
Que nos apoyemos,
Que nos soportemos mutuamente,
Que nos valoremos,
Que atendamos las necesidades de los otros,
Que busquemos el bien general por encima de mi interés particular,
Que nos fijemos en lo bueno del otro,
Que busquemos la felicidad de los demás,
Que nos animemos mutuamente,
Que tengamos compasión,...

Este es el meollo cristiano. “Sólo cuenta el amor.” (sta. Teresita de Lisieux; NV 29-09-6; U. C., anexos pág: 439) Del amor nos examinarán al final de la vida. (cfr. san Juan de la Cruz, Dichos 59)

Y si esto es así de claro, ¿por qué nos cuesta tanto amar? ¿Por qué ponemos tantos problemas o impedimentos?

Canción: El secreto del amor.

Si amar es el secreto
Por qué me pierdo yo
Con tantos argumentos
Que no vienen de Dios.
Si amar es lo perfecto
Por qué me pierdo en mí
Por qué no olvido el mal de los demás.
Si tengo sentimientos como los de Jesús,
Si estoy hecho a su imagen
Por qué me pierdo en mí.
Y es que yo tengo que salir
De mis esquemas mi ciudad
La vida debo repartir
Tengo yo que evangelizar.
(Harijans; Disco: Desde la sencillez.)

¿Por qué lo complicamos todo?

Desde Adán y Eva todos llevamos en nuestro interior esa tendencia de sospechar acerca de Dios y por lo tanto de lo que Él quiere. Es como si al asumir lo de Dios, perdiéramos nuestro yo, nuestra autonomía, nuestra libertad, nuestra vida, nuestros sueños,... Es como si perdiéramos algo, es como si nos perdiéramos algo. Se nos hace evidente que todo lo de Dios es algo externo a mi vida. En definitiva, “no me fío ni de Dios”.

De ahí que, hoy en día, sea una corriente de opinión “el que de vez en cuando no está mal pasarse”. Se ve incluso como un valor el de “ser malo, aunque sea un poquito.” “Por una vez no pasa nada.”

La palabra inocencia es sinónimo de tonto/a, de persona a la que es fácil “pegársela.” Y en lo tiempos que corren “antes muerta que sencilla.”

Y así se filtra, poco a poco, en nuestra vida la duda, la sospecha. Y comenzamos nuestras piruetas intentando llevar todo para adelante: lo de Dios y lo del mundo. Queremos servir a dos señores. No nos queremos perder nada. Y los malabarismos que hacemos para jugar con dos barajas a la vez pueden funcionar por un tiempo, creyéndome que lo estoy haciendo bien, que estoy aprovechando la vida a tope, que yo sé lo que tengo que hacer, que a mí no me la dan... Pero eso es durante un cierto tiempo. Al final aparece la verdad y vemos el vacío, vemos nuestra desnudez (como les pasó a Adán y a Eva), vemos que algo falla, que simplemente no va. La tristeza, la insatisfacción, el remordimiento se hacen realidad en mí.

Al no fiarme de Dios, mi fe hace aguas. Es aquí donde nacen todas nuestras angustias, preocupaciones, nerviosismos, desgracias, tal y como les pasó a nuestros primeros padres.

Si no amamos fracasamos como personas. Si no realizo la voluntad de Dios arruino mi vida. Tengo que tomar conciencia de esto. Asumirlo con mucha responsabilidad y seriedad. ¿Se trata de mi vida y la de los míos! Estamos hablando de algo importante, ¿no?

Cristo es el único Señor. No puede haber otro. De ahí que hablemos en el movimiento de la escala de valores. Jesús nos dice algo que rompe nuestros esquemas: *“Quien pierde su vida por mí y por el evangelio la salvará.”* (Mc 8, 35) Para ello, *“si el grano de trigo no cae en tierra y muere no da fruto.”* (Jn 12, 23)

¿Queremos que nuestra vida dé fruto o esté vacía, estéril, centrada solo en mí? El Señor es claro al respecto.

“La redención del mundo descansa en la oración del monte de los Olivos: *‘no se haga mi voluntad, sino la tuya’*, oración que el Señor nos enseñó en el padrenuestro como centro de la fe vivida.” (Joseph Ratzinger)

Por lo tanto, aquí reside mi salvación, la de los míos (nada menos que la de los míos) y la del mundo.

Tengo que convencerme de que la voluntad de Dios es buena, es el Bien en mayúsculas.

“La voluntad de Dios respecto al hombre no es un poder extraño, que llega desde el exterior, sino el sentido de su propia esencia. Por eso la revelación de la voluntad de Dios es la revelación de aquello que es el deseo de nuestra propia esencia, y es gracia. Debemos, pues, aprender de nuevo a ser agradecidos porque en la palabra de Dios nos ha sido dado a conocer tanto la voluntad divina como el sentido de nuestra propia esencia.” (Joseph Ratzinger)

Así vive Cristo. Así vive su Madre. Así debemos vivir nosotros.

“Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado.” (Jn 4, 34)

“He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.” (Jn 6,38)

La verdadera imitación de Cristo es el amor, que algunos escritores cristianos han definido el “martirio secreto”. Este es el “perder la vida” al que estamos llamados.

“Todo el fondo del problema consistía en esto: en dejar de querer lo que yo quería y en comenzar a querer lo que querías Tú.” (San Agustín; Confesiones IX, 1,1)

“Porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer y interese.” (San Ignacio de Loyola; Ejercicios Espirituales; 189, 10)

Pero ¿por dónde empezar?

Sabemos que la voluntad de Dios es la caridad. Nuestra experiencia personal nos dice qué difícil es esto. ¡Cuántos fracasos! Lejos de tirar la toalla, esto nos debería enseñar algo muy importante: que amar no depende de nosotros. Esto es lo que nos enseña Teresita de Lisieux.

El amor no lo produzco yo. Mi corazón no puede fabricar el amor incondicional (ágape). Es imposible. Sobrepasa mis capacidades. Excede todas nuestras capacidades. Quizás hayas demostrado comprensión y generosidad de alguna manera, y tal vez hayas aprendido a ser más considerado. Sin embargo, amar a alguien de forma desinteresada e incondicional es otra cosa.

Entonces, ¿qué puedo hacer? Me guste o no, el amor ágape (el “como Yo os he amado”), el amor capaz de sacrificio, no es algo que pueda hacer por mí mismo. Es algo que sólo Dios puede hacer. Y es gracias al gran amor que me tiene, y su amor por los demás, que Él elige expresar ese amor a través de mí.

“El amor viene de Dios.” (1 Jn 4, 7) No viene de mí. Por lo tanto, no puedo dar lo que no tengo (Bto. D. Manuel González).

Necesito que Dios, fuente del amor, me dé esa clase de amor. Esto sólo ocurrirá si permito que Dios entre en mi corazón por medio de la fe en su Hijo, Jesús. De ahí la importancia de no sospechar, sino de “fiarme” (= fe).

Debo vivir cotidianamente del **“sin mí no podéis hacer nada.”** (Jn 15, 5) **“Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo obtendréis.”** (Jn 15, 7)

Si vivo la Palabra (= “haced lo que Él os diga”), “pedid lo que queráis y lo obtendréis.”
Si vivo la Palabra y pido lo más grande que se puede pedir ¡lo conseguiré!

¿Y qué es lo más grande que una persona puede pedir y recibir? El Espíritu Santo. Recuerda: **“¿Cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?”** (Lc 11, 13)

Y ¿por qué el Espíritu Santo es lo más grande, lo más bueno, lo más necesario que se puede pedir y recibir? Porque “al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones.” (Rom 5, 5) No hay regalo más valioso.

Es decir, es el Espíritu Santo el que nos permite amar como Cristo. Es el Espíritu Santo el que nos capacita para vivir la Palabra de Dios, su voluntad.

Y es mediante la oración como adquirimos el Espíritu Santo. Fijaros el papel que juega la oración en mi vida.

¡Si cayéramos en la cuenta de todo esto! Entonces captaríamos el fruto precioso que podemos recoger de la oración. Este es el secreto escondido en la insistente invitación de Jesús a orar: el valor de la oración consiste en la adquisición del Espíritu Santo, sin la cual no valemos nada.

Rendirnos a la voluntad de Dios no se consigue fácilmente, sino al final de un largo conflicto entre el 'yo' humano con sus falsas esperanzas y la voluntad de Dios que no desea más que mi salvación. Si durante este combate dejo de rezar, pierdo el sentido de asumir la voluntad Dios y acabo por no discernir el fin de la lucha y de la vida espiritual, que es únicamente mi salvación, la alegría completa. Mediante la perseverancia en la oración recibiré finalmente el espíritu de abandono y de aceptación de la voluntad de Dios.

A pesar de todas las dificultades, "*nada es imposible para Dios*" (Lc 1, 37), para Aquel que sigue haciendo "*grandes cosas*" (Lc 1,49) a través de cuantos, como María, saben entregarse a Él con disponibilidad incondicional.

Por eso es importante que caiga en la cuenta del papel que juega el Espíritu Santo en mi vida. Es el momento de ponerme de rodillas y agradecerle, adorarle, bendecirlo, suplicarle... Es el momento de dejarle hacer.

Canción: Dejarme hacer.

Dejarme hacer, dejarme hacer,
dejarme hacer es cuanto pides de mí,
dejarme hacer de nuevo por Ti,
dejarme hacer en tus manos, Señor.
(Ixcis, Disco: Al otro lado del mar)

La oración es la clave para dejarme hacer. Así que si quieres hacer algo, reza, pide que el Señor te fortalezca en el Espíritu Santo.

“El Espíritu de Dios, cuya presencia vivificante en el corazón del hombre da a la voluntad la capacidad de orientarse y de decidirse por el bien. Como afirma el apóstol Pablo: “*Pues Dios es quien obra en vosotros el querer y el obrar, como bien le parece*” (Fil 2,13). Y san Agustín, comentando este pasaje subraya: “Es cierto que somos nosotros los que queremos, cuando queremos; pero el que hace que queramos el bien es Él”, es Dios, y añade: “Por el Señor serán dirigidos los pasos del hombre y el hombre querrá seguir su camino” (De gratia et libero arbitrio, 16, 32).” (Benedicto XVI, 19-06-2011)

Cuando me rindo a Cristo, y lo pongo como el Señor de mi vida, sin otro señor que compita con Él, entonces su poder obra a través de mí. Porque “*Él es capaz de hacer infinitamente más de lo que podemos pedir o pensar, por el poder que obra en nosotros.*” (Ef 3, 20)

“Padre mío, me pongo en tus manos,
Haz de mí lo que quieras.
Sea lo que sea te doy las gracias.
Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo,
Con tal que tu voluntad se cumpla en mí
Y en todas tus criaturas.
No deseo más.
Dios mío, pongo mi alma en tus manos.
Te la doy, Dios mío,

Con todo el amor de mi corazón, porque te amo
Y porque para mí amarte es darme,
Entregarme en tus manos sin medida,
Con infinita confianza,
Porque Tú eres mi Padre.”
(Bto. Carlos de Foucauld)

PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA

“Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.” (Mt 6,10)

Si hacemos tu voluntad, la tierra será cielo.

“...hágase en mí según tu palabra.” (Lc 1,38)

Gracias al "fiat" de la Virgen, el Verbo se hizo carne y vino a habitar entre nosotros.

“El ‘sí’ de María es, por consiguiente, la puerta por la que Dios pudo entrar en el mundo, hacerse hombre.” (Benedicto XVI; 12-08-2009)

Con su "sí", ha acercado el Cielo a la tierra.

“Fiat, ésta es la oración cristiana.” (Catecismo de la Iglesia Católica, n°: 2617)

“Siempre que ores di: ‘Cúmplase, Señor, tu voluntad en mí; que no me oponga a ella; cúmplala yo, como le dan cumplimiento tus ángeles y tus santos.

Enséñame a cumplir tu voluntad.

Ayúdame a cumplir lo que mandas; dame tú mismo la gracia de cumplir lo que mandas. En ti encuentro lo que me mandas y que tanto deseo.

Dame lo que mandas y mándame lo que quieras.” (San Agustín)

“Cuando yo me adhiera a ti con todo mi ser, no habrá ya para mí penas ni pruebas, y mi vida, toda llena de ti, será plena.” (San Agustín, Confesiones, 10,28)

“Señor, ayúdame siempre a conocerte mejor. Ayúdame a estar cada vez más unido a tu voluntad. Ayúdame a vivir mi vida, no para mí mismo, sino junto a Ti para los otros. Ayúdame a ser cada vez más tu amigo.” (Benedicto XVI, 29-06-2011)

4.- “HACED LO QUE ÉL OS DIGA.” (Jn 2, 4)

Es el momento de acercarnos a lo que Cristo nos dice. Es el momento de pararnos y meditar sobre el Evangelio. Vamos a centrar nuestra atención en Cristo, en el Evangelio. Esto se puede hacer de muchas formas. Aquí invitamos hacerlo ayudándonos de Carlos Carretto, un hermanito de Jesús cuyos libros leíamos antes mucho en el movimiento, y de su (nuestro) inspirador, Carlos de Foucauld.

“Jesús obra en cuanto hombre como obraría Dios, y nos trae a la tierra, a la familia humana, las costumbres de la familia de Dios.

Todo esto recibe el nombre de “Evangelio”.

Lo que como hombre hace Jesús es como si lo hiciera Dios en el cielo. Lo que dice en el Evangelio Jesús, es lo que ha oído decir al Padre en el cielo.

El Evangelio es el modo de vivir sobre la tierra como vivirían los santos en el cielo. El Evangelio lo es todo.

Es el modelo único. Es la perfección invisible hecha visible a través de la vida de Jesús. Para un cristiano no debería existir otro libro en que inspirarse ni otro modelo a que tender.

El Evangelio es una persona viva: la Persona de Jesús. Si el Evangelio prefiere la pobreza a la riqueza, quiere decir que así piensa el Padre y que nos juzgará de acuerdo a sus gustos, no con los nuestros. Si el Evangelio propugna el perdón y la misericordia, significa que tal es la costumbre de Dios, y a ella debemos conformar nuestras acciones.

Si el Evangelio cree en la resurrección no caben dudas.

Si el Evangelio prefiere la vida sencilla de los pobres, los pastores, de los obreros, hasta el punto de elegir para el Hijo de Dios la pobreza, la sencillez y el trabajo, debemos estar preocupados, cuando no somos pobres, sencillos y obreros. Podríamos encontrarnos con sorpresas mayúsculas.

Si el Evangelio nos dice que es mejor carecer de un ojo o de un brazo en el Reino que de los cielos que con buena salud verse en el infierno, debemos habituarnos a no reparar tanto en nuestra belleza y mostrarnos más solícitos de nuestra salvación.

Si el Evangelio nos dice que somos hijos del Padre celestial, ¿por qué ponerlo en duda? ¿Por qué no gozar de paz y de alegría?”(Carlos Carreto, Más allá de las cosas, pag. 79-81)

“Más la salvación estará siempre en el Evangelio.

Es el Evangelio lo que cuenta.

Cuando más pesado me resulta el fardo de la institución, cuando siento que ya no soy auténtico, he de buscar inmediatamente en el Evangelio la liberación, el desembarazo, la inmediatez.” (Padre, me pongo en tus manos; Carlos Carretto; pág: 103)

“Volvamos al Evangelio. Si no vivimos el Evangelio, Jesús no vive en nosotros. Volvamos a la pobreza, a la sencillez cristiana.” (Carlos de Foucauld; Carta al P. Caron, Tamanrasset, 30-06-1909)

“Hay que intentar impregnarse del espíritu de Jesús leyendo y releendo, meditando y remeditando sin cesar sus palabras y ejemplos: que hagan en nuestras almas como la gota de agua que cae una y otra vez sobre la losa, siempre en el mismo lugar.” (Carlos de Foucauld; Carta a Louis Massignon, Tamanrasset, 22-06-1914)

“Volver al Evangelio es el remedio.” (Carlos de Foucauld; Carta al P. Caron, Tamanrasset, 30-06-1909)

PARA SEGUIR REZANDO Y MEDITANDO

“Aquí en la tierra como en el cielo.” (Mt 6, 10) = Vivir el Evangelio.

“El que viene del cielo da testimonio de lo que ha visto y oído.” (Jn 3, 31)

“Nadie ha subido al cielo, a no ser el que vino de allí, es decir, el Hijo del hombre.” (Jn 3, 13)

“Si al deciros cosas de la tierra, no creéis, ¿cómo vais a creer si os digo cosas del cielo?” (Jn 3, 12)

“El Hijo no puede hacer nada por su cuenta; él hace únicamente lo que ve hacer al Padre: lo que hace el Padre, eso hace también el Hijo.” (Jn 5, 19)

“Como el Padre me ama a mí os amo yo a vosotros.” (Jn 15, 9)

“No hago nada por mi propia cuenta; sino que, lo que el Padre me ha enseñado, eso es lo que hablo.” (Jn 8, 28)

“Yo hablo lo que he visto donde mi Padre.” (Jn 8, 38)

“Yo hago lo que le agrada.” (Jn 8, 29)

“Yo lo conozco de veras y pongo en práctica sus palabras.” (Jn 8, 55)

“El que me ve a mí, ve al Padre.” (Jn 14, 9)

“Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre.” (Jn 14, 7)

Guardemos todo esto en el corazón...

5.-“GUARDABA TODOS ESTOS RECUERDOS Y LOS MEDITABA EN SU CORAZÓN.” (Lc 2, 19)

Cristo rezaba y reza, intercede en estos momentos por nosotros (cfr. Heb 7, 25). María rezaba y reza. Esto hizo posible que diese a luz a la Luz del mundo. Y sigue en estos momentos “rogando por nosotros”.

A ejemplo de Cristo y de María nosotros queremos hacer lo mismo. Queremos conservar todo esto y meditarlo en el corazón y no que me entre por una oreja y me salga por la otra.

Así la Palabra se hará carne en mí y transformará el mundo, será *“en la tierra como en el cielo.”* (Mt 6, 10)

Sabemos que el mundo no anda bien. Queremos cambiarlo todo: la sociedad, la Iglesia, la parroquia, a los curas, al movimiento, a mi comunidad, los centros, etc. Así podríamos seguir con la lista.

Y querer cambiar las cosas para mejor no es malo. Al contrario es una exigencia. La cuestión está en cómo cambiarlo. Y más importante aún, ¿por dónde empezar?

Sabemos que una casa no se empieza a construir por el tejado, sino que hay un orden en el proceso de construcción. Y siempre hay que empezar por los cimientos, por poner buenos cimientos para que la casa no amenace ruina y se nos venga después abajo. De nada habría servido tanto esfuerzo.

Nuestra Madre la Virgen María, es un buen ejemplo de todo esto. Ella es la mujer más importante de la historia. Casi “ná”. Ella ha contribuido a cambiar la historia como nadie (exceptuando evidentemente a su Hijo). Y sin embargo, se crió en una aldea que no estaba ni en los mapas de la época. Nazaret era un poblado de unas veinte casas. Nada más. Era una de las aldeas más pobres, perdida en el norte herético, en Galilea. Una región formada por una mezcla de razas y religiones. Algo que, cualquier judío piadoso de la época detestaba.

María con toda probabilidad era analfabeta y tendría unos trece años cuando toma la decisión trascendental, la que cambiará la historia para siempre.

Todos sabemos lo que pasó. Es bueno que reflexionemos y aprendamos de ello, que vayamos a la raíz, al cimiento.

Con toda la buena voluntad queremos mejorar, cambiar, ayudar, y nos ponemos esto y aquello, y lo otro si hace falta. Pero al poco tiempo vuelve ese malestar de nuevo. El día a día, la monotonía, el cansancio, la rutina van royendo nuestra fuerza de voluntad hasta hacernos caer en la mediocridad.

Queríamos ser gente con vida, que transmita vida en la comunidad, en los centros, por donde pasamos, porque lo vemos necesario, porque nuestras comunidades y nuestros centros les pasa otro tanto igual. ¡Hay que meter vida! Y ahí está la cuestión. El problema es vitalizar. Y empezamos a programar y buscar medidas, algo importante y que siempre hemos de hacer. Pero sino vamos a la raíz de la cuestión todo lo que hagamos será puro escaparate, puede que quede bien por un tiempo pero el problema volverá a surgir.

La vitalidad no entra de fuera para dentro, sino que sale de dentro para fuera. Cuando yo me encuentro mal todo me parece mal. Cuando el corazón está vacío, hasta el evangelio, la oración y la misa están vacías. Todo se me hace pesado. Sin embargo, cuando el corazón está rebosante de Dios, todo queda poblado de Dios.

La única manera de vivificar las cosas de Dios es vivificando el corazón. Cuando el corazón se llena de Dios, los hechos de la vida se llenan de la Belleza de Dios. Y el corazón se vivifica en la oración, en los retiros, en los tiempos fuertes. Así lo hicieron los profetas, los santos, María y sobre todo, Cristo.

Cristiano es aquella persona que, entre las diversas ocupaciones diarias, reserva como opción preferencial, un tiempo para estar con el Señor. ¿Es esto una realidad en mi vida? ¿Qué puedo hacer para que sea la prioridad del día?

Si me dices que no tienes tiempo para el Señor (nada menos que tu Señor), ya estás indicando cuál es tu problema: que el Señor no es tu Señor, el Señor de tu vida. Que tienes otro “señor”. Tener tiempo es cuestión de preferencias; y la preferencia es cuestión de prioridades, ya que, tenemos tiempo para todo lo que queremos; y prioridad, en nuestro caso, significa que, entre las diversas actividades, la primera importancia o preferencia se la damos al Señor, a cuidar la amistad con Él. Crece aquello que alimentamos, aquello que cuidamos.

¿Quieres meter vida en los centros, en las comunidades, en tu familia,...? Ten tú vida en ti. Ten tú el corazón lleno de la Vida porque “nadie da lo que no tiene”. ¡Cuánta responsabilidad tenemos!

Y encima para colmo la vida no la producimos nosotros. Nos es dada. La Vida es una Persona. *“Yo soy la Vida.” (Jn 14, 6) “Sin mí no podéis hacer nada.” (Jn 15, 5) “Yo les doy vida eterna.” (Jn 10, 28)*

De ahí nuestra absoluta dependencia de Dios. Por eso la oración es la cuestión prioritaria.

“Yo soy el pan de vida. El que a mí viene nunca pasará hambre, y el que en mí cree nunca más volverá a tener sed.” (Jn 6, 33-35) El Señor nos garantiza un corazón realizado.

“Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará en tinieblas sino que tendrá la luz de la vida.” (Jn 8, 12)

Fíjate que el Señor nos promete tener la luz de la vida, es esa chispa de la que estamos hablando y que marca la diferencia. Esa “luz de la vida” es un “plus” de vida, es *“vida y vida en abundancia.”* (Jn 10, 10)

Para llegar a esto el Señor nos dice: “El que me siga”. Él va primero y nosotros detrás. Él es lo primero. ¿Es esto así en mí?

¿Habremos dejado enfriar el amor primero? (cfr. Ap. 2, 4) ¿Podría ser que el amor no es lo primero para mí?

Pues hagamos que ese amor sea lo primero. Ese es el objetivo que persigue la oración. Para eso rezamos.

De ahí que saquemos dos conclusiones importantes:

1.- Que resuene el llamamiento de “amar a Dios sobre todas las cosas.” Que el Señor habite en nuestro corazón. Esto se consigue con el amor. Donde hay amor allí está Dios.

Cuidemos el corazón, lo más complejo de todo (cfr. Jer 17, 9), pero donde se juega el encuentro con Dios. Convirtámonos convirtiendo nuestro corazón en un “corazón-templo”, en un “corazón-sagrario”. Un corazón lleno de Dios que es lo que marca la diferencia. Es el secreto íntimo del cristiano. Ese es el secreto de María.

Cuando somos fieles a la oración se nos concede el don sobre todo don, el Espíritu Santo, creador y dador de vida (de esa vida que estamos hablando) y así nuestro corazón se va transformado poco a poco.

“Como dice la Escritura, de lo más profundo de todo aquél que crea en mí brotarán ríos de agua viva. Decía esto refiriéndose al Espíritu que recibirían los que creyeran en él.” (Jn 7, 38-39)

“El agua que yo quiero darle se convertirá en su interior en un manantial del que surge la vida eterna.” (Jn 4, 14)

Todos lo hemos visto alguna vez: donde hay un manantial hay vida alrededor.

Está claro. Esta agua viva es el Espíritu Santo que Cristo quiere darnos. Es el Espíritu el que hace surgir de nuestro interior la vida eterna, la vida verdadera, esa que queremos transmitir a los demás.

Conclusión: *“El Espíritu es quien da la vida... Las palabras que os he dicho son espíritu y vida.”* (Jn 6, 63)

Esto es lo que se nos concede en la oración.

Por lo tanto, esto es un llamamiento a priorizar (escala de valores) y esto requiere conversión.

2.- Guardemos la Palabra de Vida en nuestro corazón como nos enseña nuestra Madre. “También nosotros como Ella, debemos encontrar ese silencio que nos permitirá meditar Sus Palabras en nuestros corazones y así crecer en el amor. No podemos amar ni servir a menos que aprendamos a meditar Sus Palabras en nuestros corazones.” (Bta. Teresa de Calcuta)

Guardar, meditar, para que la Palabra vaya poco a poco filtrándose en nosotros, y se haga parte de nuestro pensamiento, de nuestra voluntad, de nuestra actividad. Así la Palabra será una realidad en nosotros, se hará carne en nosotros.

“El que cumple mis mandatos, ese me ama, vendremos a Él y habitaremos en Él.” (Jn 14, 21)
Esto es lo que queremos: un corazón donde Dios habite. Y así todo cambia, todo cobra vida.

Tomemos cada vez mayor conciencia de que *“no sólo de pan vive el hombre, sino de toda Palabra que sale de mi boca.” (Mt 4, 4)*

La comida es necesaria pero insuficiente para dar Vida. Necesitamos la Palabra del Señor.

“Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Pero algunos de vosotros no creen.” (Jn 6, 63-64) Que ese último versículo no nos ocurra a nosotros.

Este año, tanto la diócesis como el movimiento (de ahí el año mariano y el LeMAC elegido), quieren dar un impulso en nuestra relación con la Palabra de Dios. Y para ello la Virgen María es el mejor ejemplo.

“El Magnificat (un retrato de su alma, por decirlo así) está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la palabra de Dios. Así se pone de relieve que la palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad.” (Benedicto XVI; Deus caritas est, 41)

“Vivía de la palabra de Dios, estaba penetrada de la palabra de Dios. En efecto, hablaba con palabras de Dios, pensaba con palabras de Dios; sus pensamientos eran los pensamientos de Dios; sus palabras eran las palabras de Dios. Estaba penetrada de la luz divina; por eso era tan espléndida, tan buena; por eso irradiaba amor y bondad. María vivía de la palabra de Dios; estaba impregnada de la palabra de Dios. Al estar inmersa en la palabra de Dios, al tener tanta familiaridad con la palabra de Dios, recibía también la luz interior de la sabiduría. Quien piensa con Dios, piensa bien; y quien habla con Dios, habla bien, tiene criterios de juicio válidos para todas las cosas del mundo, se hace sabio, prudente y, al mismo tiempo, bueno; también se hace fuerte y valiente, con la fuerza de Dios, que resiste al mal y promueve el bien en el mundo.” (Benedicto XVI; Homilía misa de la Asunción, 15-08-2005)

“Al estar íntimamente penetrada por la palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada. María es, en fin, una mujer que ama. ¿Cómo podría ser de otro modo? Como creyente, que en la fe piensa con el pensamiento de Dios y quiere con la voluntad de Dios, no puede ser más que una mujer que ama.” (Benedicto XVI; Deus caritas est, 41)

A esto estamos llamados nosotros. Nuestra vocación como Mac es ser contemplativos en el mundo. Para ello tenemos que ser personas de oración, personas “preñados” de la Palabra. Para rezar con los ojos abiertos (en el mundo) antes hay que rezar con los ojos cerrados (contemplación).

Una vida sin oración es como una casa construida sobre arena. Y todos sabemos que tarde o temprano llega la lluvia, la tormenta, los torrentes. Así que pongamos buenos cimientos en nuestra vida, construyamos sobre roca, es decir, sobre la “Roca”, en beneficio propio y de todos aquellos que nos rodean (matrimonio, hijos, familia, centros, comunidades, ...) Es un esfuerzo que merece la pena ¿no?

Y aunque no seamos albañiles, el evangelio nos enseña cómo poner buenos cimientos en la construcción de mi existencia: (Mt 7, 24) ¡Así que manos a la obra!

Que no se nos olvide el ejemplo de nuestra Madre: mujer que reza, mujer que guardaba la Palabra en su corazón. Así dio lo más grande que se puede dar al mundo: Cristo. Así transformó la historia.

PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA.

“Que cada cual mire cómo construye.” (1 Cor 3, 10)

“Desde luego, nadie puede poner un cimiento del que ya está puesto, y este cimiento es Jesucristo.” (1 Cor 3, 11)

Mt 7, 24-27.

6.- “DESPUÉS DIJO AL DISCÍPULO: AHÍ TIENES A TU MADRE” (Jn 19, 27)

Y desde aquel momento, continúa el Evangelio, el discípulo tomó a María bajo su cuidado. ¿Tengo yo a María bajo mi cuidado? ¿Cuido de ella? ¿Qué lugar ocupa en mi vida? ¿Es realmente mi Madre? ¿La trato como a tal? ¿Se lo confío todo?

Cuida a María y ella te unirá a Jesús.

El año pasado celebramos el cuarenta aniversario de la fundación del movimiento. Ha sido una experiencia increíble poder constatar que hemos llegado hasta aquí porque *“el Señor tu Dios te lleva, como un padre lleva a su hijo, a lo largo de todo el camino que habéis recorrido hasta llegar a este lugar.”* (Dt 1, 31)

Él siempre ha estado conduciendo, guiando, acompañando y amando.

En este caminar también nos ha acompañado nuestra Madre, que participa de la intimidad de Dios. De ahí que justo después del aniversario le dediquemos un año especial a ella.

Tengámosla en cuenta en nuestra vida. Hemos experimentado que María es auxilio de los cristianos. ¡Y de qué manera! Vivamos coherentes a este acontecimiento. “El Señor quiere que en estos tiempos invoquemos a su Madre con el nombre de Auxiliadora.” (S. Juan Bosco, M. B. X, 81)

“María debe ser: auxilio en la vida, ayuda en las dificultades y peligros, protección en la muerte, gozo en el cielo.” (S. Juan Bosco, M. B. XVI, 360)

“Ni el Señor ni su Madre pueden permitir que sea inútil esta invocación: María auxilio de los cristianos, ruega por nosotros.” (S. Juan Bosco, M. B. XV, 117)

PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA.

“¡Madre nuestra! ¡Una petición! ¡Que no nos cansemos!
Si, aunque el desaliento por el poco fruto o por la ingratitud nos asalte,
aunque la flaqueza nos ablande;
aunque el furor del enemigo nos persiga y nos calumnie;
aunque nos falten el dinero y los auxilios humanos;
aunque vinieran al suelo nuestras obras y tuviéramos que empezar de nuevo...
¡Madre querida!... ¡Que no nos cansemos!

Firmes, decididos, alentados, sonrientes siempre,
con los ojos de la cara fijos en el prójimo y en sus necesidades, para socorrerlos;
y con los ojos del alma fijos en el Corazón de Jesús que está en el Sagrario,
ocupemos nuestro puesto, el que a cada uno nos ha señalado Dios.
¡Nada de volver la cara atrás!, ¡Nada de cruzarse de brazos!, ¡Nada de estériles lamentos!
Mientras nos quede una gota de sangre que derramar, unas monedas que repartir,
un poco de energía que gastar, una palabra que decir, un aliento de nuestro corazón,
un poco de fuerza en nuestras manos o en nuestros pies,
que puedan servir para dar gloria a Él y a Ti y para hacer un poco de bien a nuestros
hermanos...
¡Madre mía, por última vez! ¡Morir antes que cansarnos!”
(Bto. Manuel González)